

# BALTASAR GRACIÁN O LA VOLUNTAD

Por LILLO RODELGO

**N**o hay, para nosotros, más ardua tarea que esta de intentar extracto y síntesis de la doctrina plural de Gracián. Su obra entera es pura pulpa, cargada, rebosada de azúcares. Pero, además, tejida en elaboraciones, áuelta, sin geometría ordenada, sin arquitectura elemental y precisa. Gracián es abundancia. Y la abundancia—uno de esos cuadros de naturaleza, tapizados de flores y frutos, de los pintores flamencos—atrae con sentido gozoso de dispersión. Gracián o la abundancia; una abundancia, no de música y vocablos, sino—de ahí la dificultad—de conceptos.

Si pudiera hablarse de poesía de las ideas, de lirismo del entendimiento, de ardorosa polifonía de la mente, en nadie podríamos mejor pensar que en este Gracián, seco de palabras, enjuto de adjetivos, todo roca y aristas, como el gran Monasterio—túmulo y palacio—de San Lorenzo del Escorial.

Cuando Lastanosa dió a la estampa el *Oráculo manual*, dijo que quería ofrecer «de un rasgo todos los doce Gracianes». Doce Gracianes en un Gracián. Y eso que entonces no se había publicado aún *El Criticón*. Doce Gracianes. He ahí la gran dificultad

de este filósofo insistemático, transido de conceptos, inextensible y exacto.

*El Crítico* es un entero tratado educativo. Elementos principales que allí figuran : a), *el hombre en estado natural* (de modo tan realista y exento pinta Gracián a su personaje—Andrenio—, que le sitúa solo en una isla, criado entre animales, amamantado por una fiera ; «así yo—prosiguió Andrenio—creía madre la que me alimentaba a sus pechós. Me crié entre aquellos sus hijuelos, que yo tenía por hermanos, hecho bruto entre los brutos, ya jugando y ya durmiendo». Crisi primera); b), *el hombre culto*—Critilo—, náufrago que desembarca en la isla y halla a Andrenio. Critilo es el guía, el educador, el que enseña y conduce a Andrenio (1), empezando por la enseñanza del lenguaje : «Conociendo esto el advertido náufrago, emprendió luego el enseñar a hablar al inculto joven, y pudiendo conseguir fácilmente, favoreciéndole la docilidad y el deseo», y c), *un pensamiento educativo*, un proceso previsto, una tarea moral, a saber : *el convertir aquel hombre salvaje en un hombre ra-*

---

(1) Extraña, al principio, el tipo de mentor que Gracián ha elegido. En efecto, la formación de Critilo, en sus comienzos, no es la más a propósito para conducir y orientar a otro. El propio Critilo cuenta cómo fué su infancia y juventud : «Salí yo al mundo entre tantas aflicciones, presagio de mis infelicitades... Mas yo, entre tanto bien, me criaba mal, como rico y como único. Cuidaban más mis padres fuese hombre que persona. Pero castigó bien el gusto, que recibieron en mis niñeces, el pesar que les di con mis mocedades. Porque fui entrando de carrera por los verdes prados de la juventud, tan sin freno de razón cuan picado de los viles deleites.» «Cebéme en el juego... Pasé luego a la bizzaría, rozando calas y costumbres, engalanando el cuerpo lo que desnudaba el ánimo de los verdaderos arreos, que son la virtud y el saber... Ayudábanme a gastar el dinero y la conciencia malos y falsos amigos... Pero donde acabó de perder mi padre las esperanzas y aun la vida fué cuando me vió enredado en el oscuro laberinto del amor. Puse ciegamente los ojos en una dama...» Así fué el maestro de Andrenio. Pero Gracián, sin duda, ha querido ofrecernos con ello dos notas esenciales, a saber : a), la necesidad de que el maestro sea experimentado, «paternal», conocedor de la vida, maduro, que haya palpado en la realidad práctica la mecánica y el comercio del vivir de los hombres; y b), el contrapeso y la virtuosa sabiduría que proporciona el estudio, frente a esa primera formación liviana, sin freno ni sustancia moral. Critilo, por el estudio, se hace razonable y virtuoso. Estas son sus palabras : «Mas no digo bien, pues lo que me acarreo de males la riqueza me restituyó en bienes la pobreza. Puedo decir con verdad, pues que aquí hallé la sabiduría, que hasta entonces no la había conocido; aquí el desengaño, la experiencia y la salud de cuerpo y alma. Viéndome sin amigos vivos, apelé a los muertos. Di en leer, comencé a saber y a ser persona, que hasta entonces no había vivido la vida racional, sino la bestial. Fui llenando el alma de verdades y de prendas. Conseguí la sabiduría, y con ella el bienobrar, que ilustrando una vez el entendimiento, con facilidad endereza la ciega voluntad. El quedó rico de noticias y ella de virtudes.» Crisi IV.

zable, espiritual, advertido, capaz de conducirse en la vida y de transformarse en un hombre valeroso y virtuoso. Ese es el pensamiento que corre por el libro como intención alta y central. Con ello éntrase, en plenitud, en el camino de toda obra educativa, esto es, ir desde el vivir natural del hombre sin labra y sin freno, al hombre virtuoso, creyente, dueño de sí, valeroso y completo. Y todo, todo ese proceso de perfección y libertad, lograrlo, alcanzarlo por medio del arte, por medio del ingenio, por el secreto y el esfuerzo de una fecunda pedagogía. «Comienzo por la hermosa Naturaleza, paso a la primorosa Arte y paro en la útil Moralidad.» Ese mismo hilo que Gracián destaca para decirnos qué va a ser *El Criticón*, en sus varias partes, son el recuerdo paralelo de las etapas de la vida (1).

#### I.—UNA FORMACIÓN INTEGRAL.

Critilo enseña de todo a Andrenio. Antes de colocarlo en el torrente de la vida, en el gran hormiguero de los hombres, le instruye en toda clase de conocimientos. «Emplearon lo restante de su navegación en provechosos ejercicios. Porque a más de la agradable conversación, que todo era una bien proseguida enseñanza, le dió noticias de todo el mundo y conocimiento de aquellas artes que más realzan el ánimo y le enriquecen, como la gustosa *historia*, la *cosmografía*, la *esfera*, la *erudición* y la que hace personas, la *moral filosofía*. En lo que puso Andrenio especial estudio fué en aprender lenguas: la *latina*, eterna tesorera de la sabiduría; la *española*, tan universal como su imperio; la *francesa*, erudita, y la *italiana*, elocuente, ya para lograr los muchos tesoros que en ellas están escritos, ya para la necesidad de hablarlas y entenderlas en su jornada del mundo.»

Y así, maestro y discípulo, Critilo y Andrenio, llegan al mundo. Están ya en plena realidad de la vida. Lo primero que descu-

---

(1) Primera parte, «En la primavera de la *niñez* y en el estío de la *juventud*». Segunda parte, «En el otoño de la *varonil edad*». Parte tercera, «En el invierno de la *vejez*».

bren—lo primero que pinta Gracián en esta Crisi IV—es un paisaje de entera y exacta educación; bajo aquella viva alegoría está el pensamiento certero del autor de *El Criticón*. Divisan un denso grupo de niños («era un ejército desconcertado de infantería, un escuadrón de niños de diferentes estados y naciones»). Los cuida y atiende una mujer: los halaga y acaricia, los atrae y deleita. Y, cosa aparentemente absurda, los entrega después a la codicia y crueldad de las fieras: leones, tigres, osos, lobos, serpientes y dragones. Cuando Critilo y Andrenio contemplan aquella «espantosa confusión y cruel matanza», ven aparecer otra mujer, que recoge amorosa los niños que aún están vivos, los junta y los saca «a toda prisa de aquella tan peligrosa estancia». La primera mujer de la alegoría es «nuestra mala inclinación, la propensión al mal». La segunda es la razón, que cuando llega con las virtudes, sus compañeras, «ya los halla—a los niños—entregados a los vicios, y muchos de ellos sin remedio».

Tomemos las propias palabras de Gracián, porque son bien enseñadoras. Dice, hablando de «nuestra mala inclinación»: «Esta es la que luego se apodera de un niño, previene a la razón y se adelanta. Reina y triunfa en la niñez, tanto que los propios padres, con el intenso amor que tienen a sus hijuelos, condescienden con ellos, y porque no llore el rapaz, le conceden cuanto quiere» (1). Y explicando y situando *el papel de la razón*—la razón, con las virtudes sus compañeras, según literalmente dice *El Criticón*—, escribe Gracián: «Cuéstale mucho—se refiere a la razón—sacarlos de las uñas de sus malas inclinaciones, y halla gran dificultad en encaminarlos

---

(1) Ese pensamiento rehúndelo Gracián con términos y con insistencias precisas. Esa primera libertad perniciosa de los niños—noble preocupación de aquel gran moralista—halla en *El Criticón* juicios y palabras de exacta pedagogía. El no sujetar y canalizar «nuestra mala inclinación», en los albores de la vida, es para él, para Gracián, origen de los males de cada hombre. «Déjanle hacer su voluntad en todo y salir con la suya siempre, y así se cria vicioso, vengativo, colérico, glotón, terco, mentiroso, desenvuelto, llorón, lleno de amor propio, de ignorancia, ayudando de todas maneras a la natural, siniestra inclinación. Apoderándose con esto de un muchacho, sus pasiones cobran fuerza con la paternal connivencia, prevalece la depravada propensión al mal, y ésta, con sus caricias, trae un tierno infante al valle de las fieras, a ser presa de los vicios y esclavo de sus pasiones.» Crisi V.

a lo alto y seguro de la virtud. Porque es llevarlos cuesta arriba» (1).

Con todo eso pónense en marcha Andrenio y su mentor Critilo. No puede en estas líneas seguirselos. Van en viaje, a lo largo de la vida, por todos los caminos posibles. Primero, en esta primavera de la niñez, en este comienzo y cruce de la vida—difícil ir desde los instintos y la ignorancia a la vida de la razón—, primero trata de orientársele a Andrenio en el conocimiento de los hombres, en sus flaquezas e injusticias. Pero lo esencial para nosotros en este instante es conocer con qué pensamiento, con qué doctrina filosófica—quiero decir pedagógica—aborda Gracián el problema formativo.

## II.—LA EDUCACIÓN OMNIPOTENTE.

Desde luego—y entramos no sólo en *El Criticón*, sino en la obra entera del gran moralista—, desde luego Gracián tiene un sentido optimista de la educación. Entiende que es importantísimo en el hombre todo lo que es aptitud, inclinación natural, etc.; pero afirma—y por eso escribe su libro, que no es sino novela educativa y didáctica—que el arte, la habilidad, la obra educadora, es quien puede conseguir el tipo de hombre perfecto, instruido y virtuoso. «*Es el arte—dice Gracián—complemento de la naturaleza y un otro segundo ser, que por extremo la hermosea y aun pretende excederla en sus obras. Préciase de haber añadido un otro mundo artificial al primero. Suple de ordinario los descuidos de la naturaleza, perfeccionándola en todo; que sin este socorro del artificio quedara inculta y grosera*» (2). Y concretando más, abordando el tema profundo de la educación, dícelo en términos indudables: «Obra siempre milagros. Y si de un páramo puede hacer un paraíso, ¿qué no

---

(1) Gracián cree que en ese disfrutar de los niños, en esa libertad y goce de los primeros años, se malogran mucho más los hijos de ricos que los hijos de los que no lo son. «Perecen muchos y quedan hechos oprobio de su vicio, y más los ricos, los hijos de señores y de príncipes, en los cuales el criarse con más regalo es ocasión de más vicio. Los que se crían con necesidad, y tal vez entre los rigores de una madrastra, son los que mejor libran, como Hércules, y ahogan estas serpientes de sus pasiones en la misma cuna.» Crisi V.

(2) Gracián: *El Criticón*, primera parte, Crisi VIII.

obrará en el ánimo cuando las buenas artes emprenden su cultura? Pruébelo la romana juventud, y más de cerca, nuestro Andre-  
nio» (1).

Veamos, pues, con detalle cómo mira Gracián el valor de la naturaleza en el hombre y, de otro lado, el valor de la educación. Desde luego, Gracián afirma y atiende a las disposiciones naturales. En el hombre ha de existir primero una capacidad, una posibilidad, una primera materia. Esa capacidad inicial es lo que separa al hombre de los animales («Por lo capaz se adelantó el hombre a los brutos, y los ángeles, al hombre » (2); y agrega en confirmación: «Un sentido que nos falte nos priva de una gran porción de vida y deja como manco el ánimo»), y es, a la vez, lo que diferencia y distingue a los hombres entre sí («Hay a veces entre un hombre y otro casi otra tanta distancia como entre el hombre y la bestia, si no en la sustancia, en la circunstancia»). Y cuando trata de ver qué condiciones son indispensables para que el «discreto» posea *genio*, sus palabras son bien taxativas: «Nace—se refiere al genio—de una sublime naturaleza, favorecida de sus causas; supone la sazón del temperamento para la mayor alteza de ánimo» (3). Es más: Gracián quiere indicar de modo terminante que el «discreto», el «héroe», etc., nacen; traen ya, en cierto modo, el sello y la aptitud convenientes: «Hay otros—otros hombres—que en nada se embarazan, de juicio grande y determinado; nacieron para sublimes empleos, porque su despejada comprensión facilita el acierto y el despacho; todo se lo hallan hecho» (4).

---

(1) Id.: Ob. cit., I, Crisi VIII. Hay una síntesis precisa del pensamiento de Gracián en el *Oráculo manual*. Se titula el pensamiento: *Naturaleza y arte, materia y obra*. Dice así: No hay belleza sin ayuda, ni perfección que no dé en bárbara sin el realce del artificio; a lo malo socorre y lo bueno lo perfecciona. Déjanos comúnmente a lo mejor la naturaleza: acojámonos al arte. El mejor natural es inculto sin ella, y les falta la mitad a las perfecciones si les falta la cultura. Todo hombre sabe a tosco sin artificio, y ha menester pulirse en todo orden de perfección.»

(2) Gracián: *El Discreto*, Genio e ingenio.

(3) Id.: Ob. cit., Genio e ingenio.

(4) Id.: *Oráculo manual*, Hombre de resolución.

### III.—LO QUE PUEDEN LA NATURALEZA Y EL ARTE.

Sentado esto, entra Gracián en el ancho problema de la educación. La naturaleza es importantísima. Sin un natural necesario y fecundo, el hombre nada será capaz de ser, y menos aún de sobresalir. Pero lo que pone perfección en el hombre, sutilidad, hon-  
dura, etc., es la educación, el arte, la orientación. «Es la humana naturaleza aquella que fingió Hesíodo en Pandora. No la dió Palas la sabiduría, ni Venus la hermosura; tampoco Mercurio la elocuencia, y menos, Marte el valor; pero sí el arte, con la cuidadosa industria, cada día la van adelantando con una y con otra perfección. No la coronó Júpiter con aquel majestuoso señorío en el hacer y en el decir que admiramos en algunos; dióselo la autoridad conseguida con el crédito y el magisterio alcanzado con el ejercicio» (1). Y aún centra y sintetiza más este pensamiento con las palabras que siguen: «No basta la mayor especulación para dar este señorío; requiérese el continuado ejercicio en los empleos; que de la continuidad de los actos se engendra el hábito señorial. Comienza por la naturaleza y acaba de perfeccionarse con el arte» (2).

Con esa doble concepción—la naturaleza y el arte; la aptitud natural del hombre y luego el trabajo eficaz de la educación—teje Gracián su obra. Toda entera. Decimos entera porque de la pluma del gran moralista no salió la más liviana página que no encerrase jugos educativos, fórmulas, sentencias de carácter ético, formativo, adiestrador. En pocas concepciones podría hallarse un optimismo mayor que en esta filosofía, en esta pedagogía graciánica, hecha de tesón, de ímpetu y picardía a la vez. Si hubiese fanáticos del poder de la educación, habría de incluirse a Gracián en la primera lista. «No se nace hecho: vase de cada día perfeccionando en la per-

(1) Gracián: *El Discreto*. Del señorío en el decir y en el hacer.

(2) Gracián: *El Discreto*. Del señorío en el decir y en el hacer. El optimismo de Gracián sobre el valor de la educación y de la enseñanza, exprésalo en este pasaje: «...favorecido del grande de los Filipos en lo más—habla de los méritos y cualidades de Fernando de Borja, «hijo del benjamín de aquel gran duque santo»—, que es confiarle a su prudente, majestuosa y cristiana disciplina un príncipe único para que le enseñe a ser rey y ser héroe, a ser fénix, émulo del celebrado Aquiles, en fe de su enseñanza.» *El Discreto*. Del señorío en el decir y en el hacer.

sona, en el empleo, hasta llegar al punto del consumado ser, al complemento de prendas, de eminencias» (1).

#### IV.—EXALTACIÓN DE LA PERSONALIDAD.

Por eso la educación que Gracián concibe es casi siempre «auto-educación». Fuera de *El Criticón*—novela pedagógica, maestro y discípulo, arte y naturaleza, escuela móvil por caminos de la vida—, fuera de aquellas páginas, escritas con un hilo y un perfil y una fisonomía intencional, todo lo otro es en Gracián pedagogía del esfuerzo, del trabajo de cada uno, del tesón sin fatiga (2). He aquí el pensamiento medular de Gracián: «*Aplicación y Minerva. No hay eminencia sin entrambas, y si concurren, exceso. Más consigue una medianía con aplicación que una superioridad sin ella. Cómprase la reputación a precio de trabajo; poco vale lo que poco cuesta. Aun para los primeros empleos se deseó en algunos la aplicación; raras veces desmienten el genio. No ser eminente en el empleo vulgar por querer ser mediano en el sublime, excusa tiene de generosidad; pero contentarse con ser mediano en el último, pudiendo ser excelente en el primero, no la tiene. Requiérense, pues, Naturaleza y Arte, y sella la aplicación*» (3).

Esta exaltación de la personalidad, este mirar al hombre como algo omnipotente, capaz de todo, apto, suficiente para su propia formación y perfección, es una dimensión característica de Gracián.

---

(1) Gracián: *Oráculo manual*, Hombre en su punto. «Advertid que es un niño planta tierna, que, en declinando a la siniestra mano, con facilidad se endereza a la diestra.» *El Criticón*, III, primera Crisi.

(2) «¡Oh triunfo de una eminencia! Anhele a ella el varón raro, con seguridad de que lo que le costará de fatiga lo logrará de felicidad. Que no sin propiedad consagró la gentilidad a Hércules el buey, en misterio de que el loable trabajo es una sembrera de hazañas que promete cosecha de fama, de aplauso, de inmortalidad.» *El Héroe*, Primor VI.

(3) Gracián: *Oráculo manual*, Aplicación y Minerva. Este concepto del trabajo y de la duración y mérito de lo que con él se consigue, repítelo varias veces Gracián: «Lo que luego se hace, luego se deshace; mas lo que ha de durar una eternidad ha de tardar otra en hacerse. No se atiende sino a la perfección, y sólo el acierto permanece. Entendimiento con fondos logra eternidades: lo que mucho vale, mucho cuesta; que aun el más precioso de los metales es el más tarde y más grave.» *Oráculo manual*. Más seguros son los pensados harto presto, si bien.

Por eso su pedagogía no es sino un fuerte tratado de voluntad. Voluntad de sí, dominio de sí mismo. Dominio que se alcanza entrándose cada uno en su propio interior y conociéndose. «Comience por sí mismo el discreto a saber sabiéndose» (1). Es ese el único medio de gobernarse. Y gobernándose a sí mismo estará en camino de regir a los otros. «Sea uno señor de sí, y lo será de los demás» (2). Y para gustar y realzar su postulado, entra en la Historia y coge de allí su ejemplo certero: «Pero ¿qué desigualdad más monstruosa que la de Nerón? *No se venció a sí mismo*, sino que se rindió; algunos, asimismo buenos, se compiten mejores, que es gran victoria de la perfección; pero otros no son vencedores de sí, sino vencidos, rindiéndose a la deterioridad» (3).

¡Con qué aire, con qué belleza retrata Gracián al hombre que sabe dominarse, llevar sus propias riendas, sujetar sus ímpetus, conducir sus deseos! «Es efecto grande de la prudencia *la reflexión sobre sí*, un reconocer su actual disposición, que es un proceder como señor de su ánimo» (4). «No hay mayor señoría que el de sí mismo, de sus afectos» (5). «No puede uno ser señor de sí si pri-

(1) Gracián: *El Discreto*. Genio e ingenio. En otros pasajes insiste Gracián en el mismo pensamiento y en las mismas palabras: «El primer paso del saber es el saberse.» *El Discreto*, El buen entendedor. «Principio es de corregirse el conocerse.» *Oráculo manual*, No rendirse a un vulgar humor. A esta tarea de conocerse le pone Gracián la máxima dificultad: «Enigma es, y dificultoso, esto del conocerse un hombre.» *El Discreto*, El buen entendedor. «Pero ese aforismo de conocerse a sí mismo, presto es dicho y tarde hecho.» *El Discreto*, El buen entendedor. Y no olvidemos que ese «conocerse a sí» que Gracián pide refiérese a todo: a la sensibilidad, a la voluntad, a la inteligencia. El examen de nuestra propia inteligencia es indispensable. Dice de este modo: «Enseñó la verdad, aunque poeta, aquél: «Tú no emprendas asunto en que te contradiga Minerva.» Pero no hay cosa más difícil que desengañar de capacidad. ¡Oh, si hubiera espejos de entendimiento como los hay de rostro! El lo ha de ser de sí mismo y falsificarse fácilmente. Todo juez de sí mismo halla luego textos de escapatória y sobornos de pasión.» *El Héroe*, Primor VIII.

(2) Gracián: *El Discreto*, Hombre de espera. Léese en el *Oráculo manual*: «Sea uno primero señor de sí, y lo será después de los otros.»

(3) Gracián: *El Discreto*, No sea desigual. Son curiosas las palabras que se leen en *El Criticón*: «Ninguna de todas las cosas criadas yerra su fin, sino el hombre. El sólo desatina, ocasionándole este achaque la misma nobleza de su albedrío. Y quien comienza ignorándose, mal puede conocer las demás cosas. ¿Pero de qué sirve conocerlo todo si a sí mismo no se conoce? Tantas veces degenera en esclavo de sus esclavos cuantas se rinde a los vicios.» Primera parte, Crisi IX.

(4) Gracián: *El Discreto*, No rendirse al humor.

(5) Gracián: *Oráculo manual*, Hombre inapasionable, prenda de la mayor alteza de ánimo.

mero no se comprende» (1). «Procede de un gran señorío de sí, y el vencedor en esto es el verdadero triunfar» (2).

#### V.—UNA PERFECTA UNIVERSALIDAD.

Píntanos Gracián, con sutil esmero, el tipo de hombre que ama-  
nece con señorío natural, irrefrenable, dominador: «Brilla en al-  
gunos un señorío innato, una secreta fuerza de imperio, que se hace  
obedecer sin exterioridad de preceptos, sin arte de persuasión (3).

Ese «hacerse obedecer» es la conclusión que se tiene del saber  
conocerse y regirse. No puede penetrarse en los demás, influir en  
los otros, diferenciarse de ellos—ser discreto, héroe, selecto, a la  
manera que quiere Gracián—, si antes no nos detenemos en el co-  
nocer y refrenar la propia voluntad. La voluntad es, en la pedago-  
gía de Gracián, el eje y camino de toda la vida. Una voluntad fir-  
me, inmóvil, sin meandros ni debilidad. «Hay hombres tan desigua-  
les en las materias, tan diferentes de sí mismos en las ocasiones, que  
desmienten su propio crédito y deslumbran nuestro concepto... Don-  
de no hay disculpa es en la voluntad, que es crimen del albedrío,  
y su variar no está lejos del desvariar» (4). Con la llave de la pro-  
pia voluntad es fácil, luego, el conocimiento y penetración de la  
voluntad de los otros. Gracián da norma y medidas para ir y ganar  
la voluntad ajena (5).

(1) Gracián: *Oráculo manual*, Comprensión de sí.

(2) Gracián: *Oráculo manual*, La retención es el sello de la capacidad. «Dejadme estar—respondió—, que ahora comienzo a vivir; ya me gozo y soy rey de mí mismo.» *El Criticón*, II, crisis XII, El trono del mando.

(3) Gracián: *El Héroe*, Primor XIV.

(4) Gracián: *El Discreto*, No sea desigual.

(5) «Hallarle su torcedor a cada uno». «Es el arte de mover voluntades; más consiste en destreza que en resolución en saber por dónde se le ha de entrar a cada uno. No hay voluntad si especial afición y diferentes, según la variedad de los gustos. Todos son idólatras: unos, de la estimación; otros, del interés, y los más, del deleite: la maña está en conocer estos ídolos para el motivar; conociéndole a cada uno su eficaz impulso, es como tener la llave del querer ajeno. Hase de ir al primer móvil, que no siempre es el primero; las más veces, el ínfimo, porque son más en el mundo los desordenados que los subordinados. Hásele de prevenir el genio primero, tocarle el verho: después cargarle con la afición que infaliblemente dará mate al albedrío.» *Oráculo manual*.

Y en otro lugar escribe: «Son las pasiones los portillos del ánimo. El más

Pero volvamos a tomar el hilo propiamente educativo, el pensamiento sustancial de la pedagogía graciánica. Y hallamos, bien realizada, esta concepción indudable: Gracián no quiere el hombre fragmentado, anversal, único, especializado. Gracián construye—aspira a construir—el hombre entero, sin excesiva especialización: el hombre en función humana y total. Hay en *El Discreto* un capítulo (1) que recoge magníficamente la concepción del hombre entero, universal—*uomo universale*, como decían en el Renacimiento—, que Gracián sueña y quiere. He aquí unas palabras: «Hizo la naturaleza al hombre *un compendio de to'º lo natural*; haga lo mismo el arte *de todo lo moral*. Infeliz genio el que se declara por de una sola materia, aunque sea única, aun la más sublime» (2). Y un poco después, en el mismo capítulo, alude el sutil moralista a las ciencias y artes, entrando en el «hombre universal», que antes decimos. Lo expresa de este modo: «Nace esta *universalidad de voluntad y de entendimiento* de un espíritu capaz, con *ambiciones de infinito*; un gran gesto para todo, que no es vulgar arte saber gozar de las cosas y un buen lograr todo lo bueno. Plático gustar es el de jardines, mejor el de edificios, calificado el de pinturas, singular el de piedras preciosas; la observa-

---

plático saber consiste en disimular. Lleva riesgo de perder el que juega a juego descubierto. Compita la detención del recato con la atención del advertido; a linceas de discurso, jibias de interioridad. No se le sepa el gusto, porque no se le prevenga, unos para la contradicción, otros para la lisonja.» *Oráculo manual*, Cifrar la voluntad.

(1) Se titula: «El hombre de todas horas. Carta a don Vicencio Juan de Lastanosa». Ya se sabe que Lastanosa fué el amigo íntimo de Gracián, quien lo retrató con estas palabras: «benemperito universal de todo lo curioso, selecto, gustoso en libros, monedas, estatuas, piedras, antigüedades, pinturas, flores, y, en una palabra, su casa es un emporio de la más agradable y curiosa variedad». *Agudeza y Arte de Ingenio*, XII.

(2) Siguiendo su pensamiento, escribe Gracián: «Aborrecible ítem el de algunos, enfadoso macear, que todo buen gusto lo execra, deprecando que *Dios nos libre de hombre de un negocio* en el hablarlo y en el solicitarlo. Desquitannos de ellos unos *amigos universales*, de genio y de ingenio, hombres para todas horas, siempre de sazón y de ocasión. Vale uno por muchos, que de los otros, mil no valen por uno, y es menester multiplicarlos, hora por amigo, con enfadosa complacencia.» *El Discreto*, capítulo citado.

Y en el *Oráculo manual* sintetízase el pensamiento de Gracián con estas palabras: «*Hombre universal*. Compuesto por toda perfección, vale por muchos. Hace felicísimo el vivir, comunicando esta fruición a la familiaridad. La variedad con perfección es entretenimiento de la vida. Gran arte la de saber lograr todo lo bueno, y pues lo hizo la naturaleza al hombre un compendio de todo lo natural por su eminencia, *hágale el arte un universo por ejercicio y cultura del gusto y del entendimiento*.»

ción de la antigüedad, la erudición y la plausible historia, mayor que toda la filosofía de los cuerdos; pero todas ellas son eminencias parciales que *una perfecta universalidad* ha de adecuarlas todas». Y, como tantas veces —con ese sentido eficaz y didáctico que Gracián ofrece—, trae al final del capítulo el recuerdo y ejemplo de una vida y de un hombre que él muestra como claro espejo de esa totalidad de ciencia y virtudes que antes señaló: «¡Oh discretísimo Proteo, aquel nuestro gran apasionado, el excelentísimo Conde de Lemos, en cuyo bien repartido gusto tienen vez todos los liberales empleos, y en cuya *heroica universalidad* logran ocasión todos los eruditos, cultos y discretos: el docto y el galante, el religioso y el caballero, el humanista, el historiador, el filósofo y ¡hasta el sutilísimo teólogo! *Héroe verdaderamente universal* para todo tiempo, para todo gusto y para todo empleo.»

Otra nota saliente de las concepciones de Gracián: el culto que rinde a la inteligencia, al entendimiento y, como consecuencia, a la cultura. «Nace bárbaro el hombre; redímese de bestia cultivándose. *Hace personas la cultura*, y más cuanto mayor. En fe de ella pudo Gracián llamar bárbaro a todo el restante universo. Es muy tosca la ignorancia: *no hay cosa que más cultive que el saber*. Pero aun la misma sabiduría fué grosera si desaliñada. No sólo ha de ser aliñado el entender: también el querer y más el conversar» (1).

A lo largo de sus obras encuéntrase repetidas veces esa devoción de Gracián por la inteligencia y por el saber. «Es lo mejor de lo visible el hombre, y en él, el entendimiento» (2). «*No vive vida de hombre sino el que sabe*» (3). Pero el «saber» que Gracián pide no es un saber neutro, imposable, y menos aún un saber cóncavo, curva-

---

(1) Gracián: *Oráculo manual*, Cultura y aliño. Es notable lo que se lee en *El Criticón*: «¿Quién es esta gran mujer—se refiere a Artemia, esto es, a la Sabiduría—y tan señora, nombrada en todas partes?—preguntó Andrenio—. Y el anciano: *Con razón la llamas señora, que no hay señorío sin saber*.» Primera parte, Crisi VIII, Las maravillas de Artemia. También es notable lo que Gracián escribe sobre los libros y sobre la lectura: «¡Oh, gran gusto el de leer! Empleo de personas que, si no las halla, las hace. Poco vale la riqueza sin la sabiduría, y de ordinario andan reñidas.» *El Criticón*, II, Crisi IV.

(2) Gracián: *El Héroe*, Primor III.

(3) Gracián: *El Discreto*, Hombre de plausibles noticias.

do y retorcido por mala voluntad. He aquí cómo lo expresa: «El saber y el valor alternan grandexa; porque lo son, hacen inmortales; *tanto es uno cuanto sabe*, y el sabio todo lo puede. Hombre sin noticias, mundo a oscuras. Consejo y fuerzas, ojos y manos; *sin valor es estéril la sabiduría*» (1). «*Saber con recta intención asegura fecundidad de aciertos. Monstruosa violencia fué siempre un buen entendimiento casado con una mala voluntad. La intención malévola es un veneno de las perfecciones y, ayudada del saber, malea con mayor sutileza. ¡Infeliz eminencia la que se emplea en la ruina! Ciencia sin seso, locura doble*» (2).

#### VI.—LO QUE PUEDE LOGRAR LA CULTURA.

Con esos antecedentes volvamos al pensamiento educativo de *El Criticón*. Con esas notas antológicas —extraídas del alma múltiple de Gracián, de su obra enracimada y diversa— volvamos a la pedagogía sagaz de *El Criticón*. Critilo y Andrenio llegan al palacio de Artemia. Artemia, con su sabiduría, con su arte y su eficacia, todo lo puede. «Muy diferente de la otra Circe, pues *no convertía los hombres en bestias, sino, al contrario, las fieras en hombres. No encantaba las personas; antes las desencantaba: de los brutos hacía hombres de razón*» (3). El capítulo entero es detallada insistencia sobre los milagros de la sabiduría, de la fuerza del saber y las transformaciones que recibe el hombre con la cultura y el conocimiento de las cosas (4). Es allí, en el palacio de Artemia, es decir, en el templo del saber —y, por consiguiente, en la escuela, en su más ancha acepción—, donde Andrenio recibe enseñanzas y consejos. «Aquí, en honra de sus huéspedes, obró Artemia sus más célebres prodigios, y, no sólo en los otros, sino en ellos

(1) Gracián: *Oráculo manual*.

(2) Gracián: *Oráculo manual*, Saber con recta intención.

(3) *El Criticón*, primera parte, Crisi VIII, Las maravillas de Artemia.

(4) «Daba vida a las estatuas—se refiere a las maravillas que logra Artemia—y alma a las pinturas. Hacía de todo género de figuras y figurillas personas de sustancia. Y lo que más admiraba: de los titibilicios, cascabeles y esquiroleos hacía hombres de asiento y muy de propósito, y a los chisgarabís infundía gravedad.» Primera parte, Crisi VIII.

mismos, y más en *Andrenio*, que necesitaba de sus realces. Vióse muy persona en poco tiempo y muy instruído para adelante. Que si un buen consejo es bastante para hacer dichosa toda la vida, ¿qué obrarían en él tantos y tan importantes?»

En el palacio de Artemia (esto es, en la casa-escuela del saber) trátase y apréndese de todo: de astronomía (1), de geografía general, etc. Critilo y Andrenio —a veces la misma Artemia, que muda de lugar, buscando ciudad adecuada, por lo que halla instalación en Toledo (2)—; Critilo y Andrenio van en viaje, aludiendo y describiendo en pinceladas diversos pueblos y lugares: Madrid, Sevilla, Granada, Zaragoza, Valencia, Barcelona, Valladolid, Pamplona, Escorial, Aranjuez. Siguen luego referencias a naciones, así de España como de Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, etc. (3), aunque a veces aprovéchalo Gracián para destacar, más que virtudes, defectos y torpezas de los pueblos. Pero el panorama geográfico —de geografía moral, sobre todo— queda inserto allí como una lección necesaria y fecunda. Sucede de igual modo con la Histo-

---

(1) Háblase de los eclipses. «Acabaron de perder el ánimo—se refiere al «sagaz» Critilo y al «cauto» Andrenio—cuando vieron que realmente el mismo sol comenzó a negar su luz, *eclipsándose* por puntos y temiendo no se conjurase también contra ellos la tierra en *terremotos*.» Andrenio cree que el «eclipse» es como un portentoso, como milagro de Artemia. Es su maestro Critilo quien le enseña que es un fenómeno natural, conocido y previsto. «Fuéronla cotejando y asistiendo nuestros dos viandantes, Critilo y Andrenio. Iba éste espantado de un portentoso semejante, teniendo por averiguado que se extendía su mágico poder hasta las estrellas y que el mismo sol la obedecía. Mirábala con más veneración y dobló el aplauso. Pero desengañóle Critilo, diciendo cómo el *eclipse del sol* había sido efecto natural de las celestes vueltas, contingente, en aquella sazón, previsto de Artemia, por las noticias astronómicas, y que se valió dél en la ocasión, haciendo artificio lo que era natural efecto.» *El Criticón*, I, Crisi X.

(2) «Al fin fué preferida la imperial Toledo, a voto de la católica reina, cuando decía que nunca se hallaba necia, sino en esta oficina de personas, taller de la discreción, escuela de bienhablar, toda corte, ciudad toda, y más después que la esponja de Madrid se ha chupado las heces, donde, aunque entre, pero no duerme la villanía. En otras partes tienen el ingenio en las manos, aquí en el pico. Si bien censuraron algunos que sin fondo y que se conocen pocos ingenios toledanos de profundidad y de sustancia; con todo estuvo firme Artemia, diciendo:

—¡Ea!, que más dice aquí una mujer en una palabra que en Atenas un filósofo en todo un libro. Vamos a este centro, no tanto material, cuanto formal, de España.

Fuése encaminando allá con toda su cultura.»

Gracián: *El Criticón*, I, Crisi X, El mal paso del salteo. En la segunda parte, Crisi II, vuelve a hablar de Toledo.

(3) *El Criticón*, I, Crisi XIII, La feria de todo el mundo.

ria: cruzan alusiones y descripciones de grandes figuras: Don Juan de Austria, Góngora, Marqués de Espínola, Duque de Orleáns, Boscán, Dante, etc. Dedicó *El Criticón*, de igual modo, juicios y definiciones a la Poesía, a los historiadores («la gustosa Historia»), a las buenas letras («las florestas españolas, las facecias italianas, las recreaciones del Guicciardino, hechos y dichos modernos del Botero, de solo Rufo seiscientas flores, los gustosos palmirenos, las librerías del Doni, sentencias, dichos y hechos de varios elogios, teatros, plazas, silvas, oficinas, jeroglíficos, empresas geniales, poliantas y fárragos», II, Crisi IV); a las matemáticas, a la filosofía natural, a la filosofía moral, a la Política (Platón, Maquiavelo, Bodino, Aristóteles, Botero); a la ascética y a la mística («coronaba todas estas mansiones eternas uno, no ya camarín, sino sagrario, inmortal centro del espíritu, donde presidía el arte de las artes, la que enseña la divina política, y estaba repartiendo estrella en libros santos, tratados devotos, obras ascéticas y espirituales», II, Crisi IV).

No es posible seguir el viaje de Andrenio y Critilo. A todo van, en todo entran. No hay estancia de la vida —ni buena ni mala; recuérdese el lance y el turbio amor que en Andrenio despierta la engañadora Falsirena—; no hay altura ni recodo que no palpen o miren.

## VII.—LOS VALORES ESPIRITUALES.

Después de los elogios al entendimiento, a la cultura y al saber, Gracián —*El Criticón*— entra en la zona espiritual, en los valores sutiles, transcendentales y últimos del hombre: el valor, la virtud, etcétera. «Esa es —la virtud— bien propio del hombre, nadie se la puede repetir. Todo es nada sin ella, y ella lo es todo. Los demás bienes son de burlas; ella sola es de veras. Es alma del alma, vida de la vida, realce de todas las prendas, corona de las perfecciones y perfección de todo el ser» (1).

(1) *El Criticón*, II, Crisi VII. «Y creedme que no hay otra honra sino la que se apoya en la virtud; que en el vicio no puede haber cosa grande.» Crisi XII, parte II.

La «virtud» es el eje de la pedagogía graciánica. Es hilo y centro de la obra sutil de aquel moralista: «Todo héroe participó tanto de felicidad y de grandeza cuanto de «virtud», porque corren paralelas desde el nacer al morir» (1). «Pero, bien filosofando, no hay otro arbitrio sino el de la *virtud* y atención» (2). «Así como la *virtud* es premio de sí misma, así el vicio es castigo de sí mismo. Quien vive aprisa en el vicio, acaba presto de dos maneras: quien vive aprisa en la virtud, nunca muere. Comunicase la entereza del ánimo al cuerpo, y no sólo se tiene por larga la vida buena en la intensidad, sino en la misma extensión» (3).

No hay que decir que esa «virtud» que pide Gracián es de raíz cristiana transcendente y católica (4). «Así que mi esfera es la generosidad, blasón de grandes corazones y grande asunto mío; hablar bien del enemigo y aún obrar mejor: máxima de la *divina fe*, que apoya tan cristiana galantería» (5). Para conocer el sentimiento exacto de Gracián hay que leer estas palabras que siguen: «*En una palabra, santo*, que es decirlo todo de una vez. Es la virtud cadena de todas las perfecciones, centro de las felicidades. Ella hace un sujeto prudente, atento, sagaz, cuerdo, sabio, valeroso, reportado, entero, feliz, plausible, verdadero y universal héroe. *Tres eses hacen dichoso: santo, sano y sabio*; la virtud es sol del mundo menor y tiene por hemisferio la buena conciencia. Es tan hermosa, que se lleva la gracia de Dios y de las gentes. No hay cosa amable sino la virtud, ni aborrecible sino el vicio. La virtud es cosa de veras; todo lo demás, de burlas. *La capacidad y grandeza se ha de medir por la virtud*, no por la fortuna. Ella sola se basta a sí misma: *vivo el hombre, le hace amable, y muerto, memorable* (6).

La otra dimensión a que Gracián quiere conducir el hombre —en ese hilo pedagógico de *El Criticón*— es el valor. El hombre

---

(1) *El Héroe*, Primor último.

(2) *Oráculo manual*, Arte para ser dichoso.

(3) *Oráculo manual*, Arte para vivir mucho.

(4) Es curioso el trabajo de E. Sarmiento, «*Une note sur El Criticón et l'Ecclesiaste*». *Bulletin Hispanique*, t. XXXIV, núm. 2, avril-juin, 1932, página 150.

(5) *El Discreto*, De la galantería.

(6) *Oráculo manual*. Véase sobre el sentido cristiano y católico de la virtud, que Gracián quiere, el final de *El Héroe*.

ha de ser valeroso. Eso le lleva a Gracián a mirar la vida con sentido castrense y a ponderar y a exaltar lo heroico y arriesgado de la vida. Ese sentido duro, austero y audaz de la pedagogía graciánica es nota distintiva y saliente. (Armería del valor, Crisi, VIII; Parte segunda de *El Criticón*.) Entra incluso el espíritu de Gracián en lo guerrero: en alusiones, conceptos y elogio de lo bélico. «¿Qué príncipes ocupan los catálogos de la fama sino los guerreros? A ellos se les debe en propiedad el renombre de magnos. Llenan el mundo de aplauso, los siglos de fama, los libros de proezas, porque lo belicoso tiene más de plausible que lo pacífico» (1). «Peleando estaban ya los dos *valerosos guerreros, que no es otra cosa la vida humana que una milicia a la malicia*» (2). «No tenéis que cansaros en buscar la felicidad en esta vida: *milicia sobre el haz de la tierra*» (3).

El hilo pedagógico no se pierde en Gracián a través de *El Criticón*; con una novedad: que su pensamiento, educativo y didáctico, no queda cortado en el ámbito de la infancia, ni siquiera en el de la juventud, sino que —con un mismo tesón y un mismo ímpetu— entra en el área de la vejez. «Le presento este tratado de la senectud», dice Gracián al lector en el prólogo de la tercera parte de *El Criticón*, que lleva por subtítulo «En el invierno de la vejez». La pedagogía graciánica abarca, pues, toda la vida, las fases todas del vivir de un hombre: pedagogía entera, con unidad de pen-

(1) *El Héroe*, Primor VIII.

(2) *El Criticón*, II, Crisi IX. Véase sobre esto mismo: *Oráculo manual*. Obrar de intención, ya segunda y ya primera; y también *Oráculo manual*. Hacer buena guerra.

(3) *El Criticón*, III, Crisi IX. Ese sentido castrense y enjuto de la vida, incommovible y recto, tan español y tan graciánico, lo exalta nuestro moralista, a veces, con el nombre de *entereza*. La entereza de ánimo es virtud sobresaliente en las concepciones de Gracián. La define como «un sol de los reales, lucimiento de las prendas, esplendor de la heroicidad y de la discreción complementos». He aquí su elogio mejor: «Tiene, en vez de esfera, religiosa ara en aquel cristiano Haro, don Luis Méndez, idea mayor de esta primera prenda. Llamóla Séneca el único bien del hombre; Aristóteles, su perfección; Salustio, blasón inmortal; Cicerón, causa de la dicha; Apuleyo, semejanza de la divinidad; Sófoles, perpetua y constante riqueza; Eurípides, moneda escondida; Sócrates, vaso de la fortuna; Virgilio, hermosura del alma; Catón, fundamento de la autoridad. Llevándola ella sola, llevaba todo el bien Biante; Isócrates la tuvo por su posesión; Menandro, por su escudo, y por su mejor aljaba, Horacio; Valerio Máximo no la halló precio; Plauto la hizo premio de sí misma, y el plausible César la llamó *fin de las demás*, y yo, en una palabra, la *entereza*.» *El Discreto*, Corona de la discreción.

samiento y de afán (1). La didáctica de Gracián tiene por documento y espejo —en cualquier edad del hombre— la propia vida. Es el espectáculo directo de los hombres lo que puede mejor orientar y conducir («Discurrió bien quien dijo que *el mejor libro del mundo era el mismo mundo*, cerrado cuando más abierto, pieles extendidas» (2). Por eso Critilo, sin detenerse demasiado, conduce a Andrenio por los mil caminos de la vida. Pedagogía móvil, fecunda y cierta, que enseña a vivir viviendo. Pedagogía de andar y andar —*El Criticón* es itinerario y viaje (3)—, leyendo insaciable en la conducta compleja de tantos hombres. Conocerse a sí, conocer a los otros: he ahí el centro didáctico de Gracián. Conocer a los otros con mirada abarcadora y total. («Esto es, pergaminos escritos llamó el mayor de los sabios a estos cielos iluminados de luces, en vez de rasgos, y de estrellas por letras. Fáciles son de entender esos brillantes caracteres, por más que algunos los llamen dificultosos enigmas. *La dificultad la hallo yo en leer y entender lo que está de las tejas abajo*. Porque, como todo ande en cifra y los humanos corazones estén tan sellados, inescrutables, asegúroos que el mejor lector se pierde. Y otra cosa: que *si no lleváis bien estudiada y bien sabida la contracifra de todo*, os habréis de hallar perdidos, sin acertar a leer palabra ni conocer letra ni un rasgo ni un tilde» (4).

En ese estudiar y saber la «contracifra» que en todo hay —un querer fiarse de la costra, sino, al contrario, buscar y hallar la médula viva y exacta del vivir de los hombres—; en ese palpar y me-

---

(1) «Sólo una cosa quisiera que me emistameses, y sea el haber procurado observar en esta obra aquel magistral precepto de Horacio en su inmortal arte de todo discurrir, que dice: *Denique sit quodvis simplex cumtaxat et unum*. Cualquier empleo del discurso y de la invención, sea lo que quisieres, o épica o oratoria, se ha de procurar *que sea una, que haga un cuerpo*, y no cada cosa de por sí, que vaya unida, haciendo un todo perfecto.» *El Criticón*, tercera parte, Al que leyere.

(2) *El Criticón*, III, Crisi IV.

(3) Para adquirir la sabiduría señala Gracián los caminos que siguen: «Advertid—les decía—que por una de cuatro cosas llega un hombre a saber mucho: o por haber vivido muchos años, o por haber caminado muchas tierras, o por haber leído muchos y buenos libros, que es más fácil, o por haber conversado con amigos sabios y discretos, que es más gustoso.» *El Criticón*, III, Crisi VII.

(4) *El Criticón*, III, Crisi IV.

dir conductas, yerros, hipocresías, desvíos, etc., está la nota diferencial de esta pedagogía pícara, hábil, prudente, de Gracián. Pedagogía avisadura, no escéptica, ni astuta, ni pesimista, sino tanteadora y caliente, que —con afán moralista— reconoce el ángulo falso de la vida en las cosas y en los hombres y enseña a sortearlo y vencerlo. No es que quiera Gracián, por ejemplo, empujar al hombre a la hipocresía, a la reserva taciturna y estéril; es que enseñe a la prudencia, a la acción reflexiva y mental, a un no darse bobalicón y frívolo, sin cautas inhibiciones necesarias: «Atienda, pues, el varón excelente, primero, a violentar sus pasiones; cuando menos, *a solaparas con tal destreza, que ninguna contratreta acierte a descifrar su voluntad*» (1). Es, en cambio, el propio Gracián quien anatematiza el disimulo hipócrita y triste: «Abstraen los astutos con metafísica plausible, por no agraviar, o la razón superior o la del Estado; pero *el constante varón juzga por especie de traición el disimulo*; préciase más de la tenacidad que de la sagacidad: hállese donde la verdad se halla» (2). Por eso, siempre que Gracián habla de prudencia, de pensamiento escondido, de pura reserva necesaria, ha de entenderse, no malicia y propio provecho, sino cautela, discreción, ganancia de todos. «Nunca se ha de individuar mucho en las cosas, y menos en las de poco gusto; porque aunque es ventaja todo el descuido, no lo es quererlo averiguar todo de propósito. Hase de proceder, de ordinario, con una hidalga formalidad, ramo de galantería. *Es gran parte del regir el disimular. Hase de dar pasada a las más de las cosas entre familiares, entre amigos y más entre enemigos*» (3). «No hay cosa que requiera más tiento que la verdad; que es un sangrarse del corazón. Tanto es menester para saberla decir como saberla callar... No todas las verdades se pueden decir: unas porque me importan a mí, otras porque al otro» (4).

(1) *El Héroe*, Primor II.

(2) *Oráculo manual*, Hombre de entereza. La Crisi VII de la segunda parte de *El Crítico* se titula «El hiermo de Hipocrinda», esto es, la hipocresía, donde aparecen juicios y palabras de sabor pesimista, pero que, a nuestro juicio, tienen intención educadora, avisadora, para que el hombre se curta y no naufrague.

(3) *Oráculo manual*, Sea el trato por mayor.

(4) *Oráculo manual*, Sin mentir, no decir todas las verdades.

Tratado de la senectud, pedagogía de la senectud. Eso es la tercera parte de *El Criticón*; porque Gracián —con didáctica enseñadora y sutil— señala a la vejez cometido y función. Un cometido profundo, espiritual y denso. «Cuanto más anciano uno, es más hombre, y cuanto más hombre, debe anhelar más a la honra y a la fama. No se ha de alimentar de la tierra, sino del cielo. No vive ya la vida material y sensual de los mozos o los brutos, sino la espiritual y más superior de los viejos y los celestes espíritus. Son de los frutos de la gloria, conseguidos con los afanes de tanta pena; coróñese el trabajo de las demás edades con las honras de la senectud» (1).

#### VIII.—EN BUSCA DE LA FELICIDAD.

Tramo a tramo de la vida, no hay aspecto que *El Criticón* no toque. Y así llégase al final. El hombre no es, en esta vida, sino pobre pasajero que busca la felicidad. Lucha, se esfuerza, camina sólo por buscar y hallar el rango de la estancia feliz. Pero ¿qué es la felicidad? ¿En qué consiste? ¿Cuál es su esencia y contenido? *El Criticón* trae definiciones diversas: «El gusto es vida, y la gustosa vida es la verdadera felicidad», dice Malveci. «La felicidad humana —define el Virago— consiste en un agregado de todos los que se llaman bienes, honras, placeres, riquezas, poder, mundo, salud, sabiduría, hermosura, gentileza, dicha y amigos con quien gozarla.» Por lo que el Siri replica: «Estoy tan lejos de decir que consista la felicidad en tenerlo todo, que antes digo que en tener nada, desear nada y despreciarlo todo.» Pero eso —tan sutil y filosófico y, a la vez, tan temporal, humano y exangüe— son pobres conceptos que nada llenan y sacian. Gracián, entonces —su pedagogía y su ideal— alza la mirada a lo infalible, como término y ansia de la verdadera educación. «De verdad, señor, que estos vuestros sabios son unos grandes necios, pues *andan buscando por la tierra lo que está en el cielo*» (2). Y con ese pensamiento exacto

(1) *El Criticón*, III, Crisi VII.

(2) *El Criticón*, III, Crisi IX.

entra Gracián con sus definiciones inconfundibles. «En el cielo, señores —dice Mascardo—, todo es felicidad; en el infierno todo es desdicha; en el mundo, como medio entre estos dos extremos, se participa de entrambos: andan barajados los pesares con los contentos, altérnanse los males con los bienes...» (1). Con ese espíritu transcendente dedica *El Criticón*, III, la Crisi XI a la filosofía de la muerte y a comentarios múltiples sobre algunas enfermedades (2).

#### IX.—LA INMORTALIDAD.

Llega después Gracián —en su didáctica concepción— al último capítulo, a la recia conclusión de su obra, a saber: siguiendo la ruta educadora que *El Criticón* señala llégase a la inmortalidad, al renombre, a la pura admiración que nunca muere. Critilo y Andrenio visitan la isla de la inmortalidad; quieren quedarse allí, entre tantos héroes, sabios y virtuosos. (Aprovecha Gracián esa alegoría de la «isla» para hacer recuento —un poco a la manera de Dante— de los salientes hombres que él quiere destacar: Pablo de Parada, Juan de Austria, Caracena, Duque de Monte León, Conde de Siruela, don Luis de Ejea, Saavedra Fajardo, Vé-lázquez, Alfonso el Sabio, etc., etc.) No se olvide nunca que toda la preceptiva educadora de Gracián —*El Criticón*, *El héroe*, *El discreto*, *El político Fernando*, sobre todo— está cuajada en función selecta, en ideal de individualidad, de arquetipo, de espejo y cumbre. La obra entera de nuestro gran moralista no es, en el fondo y en los caminos, sino una Pedagogía de selectos». Por eso, necesariamente, el último capítulo de *El Criticón* tenía que ser ése: el de acusar y señalar el destino de los selectos, el fin y premio de los que vivieron o se forjaron en la norma graciánica. Es él mismo, Gracián, quien separa en dos grupos a todos los hombres: «Estos hombres o son insignes o vulgares. Si famosos, nun-

(1) *El Criticón*, III, Crisi IX.

(2) Crisi XI, La suegra de la vida. «Bástale, dijo el otro, ser peor que cuñada, peor que madrastra. Pues suegra de la vida, ¿qué otra puede ser la muerte?»

ca mueren; si comunes, más que mueren» (1). En ese mundo, en esa estancia de la Inmortalidad, caben los grandes hombres todos, con la sola condición de que vivan y mueran en el área celeste de la ortodoxia católica (2). Critilo y Andrenio presentan sus méritos para quedarse en la «isla». Aspiran a la inmortalidad y muestran su «patente», su hoja de conducta y de vida. En esa hoja, en ese rosario de cualidades, esfuerzos y méritos que Andrenio y Critilo ofrecen, está el esquema graciánico, la pedagogía y la educación que Gracián quiere darnos si queremos ser sabios, buenos e inmortales. He aquí sus propias palabras: «Pidióles el Mérito la patente y si venía legalizada del valor y autenticada de la reputación... Y cuando la vió calificada con tantas rúbricas de la filosofía en el gran teatro del universo, de la razón y sus luces en el valle de las fieras, de la atención en la entrada del mundo, del propio conocimiento en la anatomía moral del hombre, de la entereza en el mal paso del salteo, de la circunspección en la fuente de los engaños, de la advertencia en el golfo cortesano, del escarmiento en la casa de Falsirena, de la sagacidad en las ferias generales, de la cordura en la reforma universal, de la curiosidad en la casa de Salástano, de la generosidad en la cárcel del oro, del saber en el museo del discreto, de la singularidad en la plaza del vulgo, de la dicha en las gradas de la fortuna, de la solidez en el yermo de Hipocrinda, del valor en su armonía, de la virtud en su palacio encantado, de la reputación entre los tejados de vidrio, del señorío en el trono del mando, del juicio

---

(1) *El Criticón*, III, Crisi XII.

(2) Como ejemplo probatorio del sentimiento católico y profundo que traspasa las concepciones de Gracián, queremos copiar lo que sigue: «Encallaban otros—se refiere a los bajeles que, conducidos por la Fama, llevan a la Inmortalidad a los grandes hombres—en algún bajío de su eterna infamia. Así le sucedió a un navío inglés, y aun se dijo era la real del octavo de sus Euricos, que, habiendo navegado con favorable viento de aplauso, y después de haber conseguido el glorioso renombre de Defensor de la Iglesia Católica, *chocó con la torpeza y se fué a pique en la herejía*, con todo aquel su desdichado reino. Siguiéronle casi todos los demás bajeles de su armada. Pero el más infeliz fué el de Carlos Estuardo, *en quien se ostentó la monstruosidad de la herejía* en él, muriendo a ciegas en los suyos, degollándole ciegos, de tal suerte, que quedó en duda cuál fuese mayor barbaridad, la de ellos en degollar su rey, sin ejemplar de la más bárbara fiereza, o la de él, *en no confesarse católico.*» *El Criticón*, III, Crisi XII, La isla de la inmortalidad.

en la jaula de todos, de la autoridad entre los honores y horrores de Vejecia, de la templanza en el estanco de los vicios, de la verdad pariendo, del desengaño en el mundo descrifrado, de la cautela en el palacio sin puerta, del saber reinando, de la humanidad en la casa de la hija sin padres, del valer mucho en la cueva de la nada, de la felicidad descubierta, de la constancia en la rueda del tiempo, de la vida en la muerte de la fama en la isla de la inmortalidad, les franqueó de par en par el arco de los triunfos a la mansión de la eternidad. Lo que allí vieron, lo mucho que lograron, quien quisiera saberlo y experimentarlo, tome *el rumbo de la Virtud íntegra, del Valor heroico* y llegará a parar al teatro de la Fama, al trono de la Estimación y al centro de la Inmortalidad.»

A esa conclusión y a ese fin del hombre no podrá jamás llamarse pesimismo. La pedagogía de Gracián es pedagogía avisadora, en perpetua vigilia. Pero nada más. No importa que diga: «¡Dichoso tú!, que te crías entre las fieras, y, ¡ay de mí!, que entre los hombres, pues cada uno es un lobo para el otro si ya no es peor el ser hombre» (1). «Avierte, Andrenio, qua ya estamos entre enemigos, y ya es tiempo de abrir los ojos: ya es menester vivir alerta», dice Critilo cuando ve llegar unas naves a la isla (2). Lo que Gracián quiere es que el hombre —el selecto en virtud y en saber— viva alerta, con tino, con noble y vertical equilibrio. Pedagogía de la prudencia: he ahí la definición posible de los libros de Gracián. Por todos ellos corre la palabra y el signo de la prudencia. «Entre estos dos extremos de imprudencia se halla el seguro medio de *cordura*, y consiste en *audacia discreta*, muy asistida de la dicha» (1). «Todo esto puede, si no lo enfrena la *prudéntisima sindéresis*» (2). «Gran asunto de la atención no hablar por superlativos, ya por no exponerse a ofender la verdad, ya por no desdorar su *cordura*» (3). «*Nunca perderse el respeto a*

---

(1) *El Criticón*, I, Crisi IV.

(2) *El Criticón*, I, Crisi IV.

(3) *El Discreto*, Del señorío en el decir y en el hacer.

(4) *Oráculo manual*, Templar la imaginación.

(5) *Oráculo manual*. Nunca exagerar.

*si mismo*» (1). «*Gran asunto de la cordura, nunca desbaratar-se*» (2). «*En materia de cordura, la variedad es fea*» (3). «*El único remedio de todo lo extremado es guardar un medio en el lucimiento; la demasía ha de estar en la perfección, y la templanza, en la ostentación*» (4).

#### X.—CULTIVO DEL CORAZÓN.

Después de ese alerta, después del equilibrio y la recta ponderación con que quiere Gracián que el hombre viva, señálese profundos y bellos viáticos que le acompañen en su rumbo al Cielo, a lo perenne, a la inmortalidad. Por eso cuidase de entrar y formar el corazón del hombre. «¿Qué importa que el entendimiento se adelante si el corazón se queda?» «*Son gigantes los hijos de un corazón gigante*» (5). «*El más poderoso hechizo para ser amado es amar*» (6). «*Requírese, pues, para la benevolencia, la beneficencia: hacer bien a todas manos; buenas palabras y mejores obras, amar para ser amado*» (7). «*No hay mejor compañía en los grandes aprietos para un buen corazón*» (8).

Después de este juicio gravitador y profundo, nunca podrá hablarse del pesimismo de Gracián. El entendimiento y el corazón —las dos columnas del vivir espiritual del hombre— son la base incommovible de esta doctrina educativa de Gracián. El corazón, y no de manera abstracta, aislada, exenta, sino haciéndose dádiva, y lazo, y «amor». Por eso las grandes insistencias de Gracián sobre el goce puro de la amistad. (Para la mujer tiene diatribas terribles. Andrenio y Critilo van por el mundo —España, Francia, Alemania, Italia— en busca de Felisinda: madre de uno, esposa de otro. Pero no la hallan. El amor de Felisinda había de ser, para Critilo y para Andrenio, la pura felicidad. Y la

(1) *Oráculo manual*, Nunca perderse el respeto a sí mismo.

(2) *Oráculo manual*, Nunca descomponerse.

(3) *Oráculo manual*, No ser desigual.

(4) *Oráculo manual*, No ser malilla.

(5) *El Héroe*, Primor IV.

(6) *El Héroe*, Primor XII. Es muy bello y ágil el Primor XV, que lleva por título «De la simpatía sublime».

(7) *Oráculo manual*, Gracia de las gentes.

(8) *Oráculo manual*, Saberse ayudar.

felicidad no es de este mundo. En general, para Gracián, la mujer no ofrece encantos, sino peligros.) En la amistad halla nuestro gran moralista refugio, ayuda y ánimo. Su propia vida transcurre —dentro de cierta propensión a la soledad y al monólogo— entre grandes amigos: Lastanosa, Ustarroz, Salinas y Lizana, Morlanes, etc. Por todas partes hallamos juicios sobre la amistad. «Salieron ya por la puerta de la luz aquel Babel del Engaño. Iba Andrenio a medio gusto, que nunca llega a ser entero. Examinóle el viejo de su nueva pena y respondióle: «¿Qué quieres?» «Que aún no me ha hallado todo.» «¿Qué te falta?» «La mitad.» «¿Qué? ¿Algún camarada?» «Más.» «¿Algún hermano?» «Aún es poco.» «¿Tu padre?» «Por ahí por ahí: un otro yo, que lo es un amigo verdadero» (1). «Tienes razón. Mucho has perdido si un amigo perdiste: será bien dificultoso hallar otros» (2). Hay hombres irremediables, por inaccesibles, que se despeñan porque nadie osa llegar a detenerlos. El más entero ha de tener una *puerta abierta a la amistad*» (3). Incluso entra Gracián en la distinción necesaria de los buenos y los malos amigos: «Hay *amistades legítimas y otras adulterinas*: éstas para la declaración; aquéllas para la fecundidad de aciertos. Hállanse pocos de la persona y muchos de la fortuna. Más aprovecha un buen entendimiento de un amigo que muchas buenas voluntades de otro: haya, pues, elección y no suerte» (4). «Hay en esto su arte de discreción: *unos son buenos para de lejos y otros para de cerca*, y el que tal vez no fué bueno para la conversación lo es para la correspondencia» (5).

Este goce y utilidad de los amigos llévale a Gracián a una normativa de la elección. Aspira a que los amigos se elijan, se seleccionen, se busquen con tino. Bien característico de Gracián es querer llevar al hombre el sentimiento de la elección. Elegir, para Gracián, es prueba de espíritu selecto, cultivado, suficiente. «*Todo*

(1) En el *Oráculo manual* se insiste sobre ese mismo concepto: «*Tener amigos. Es el segundo ser. Todo amigo es bueno y sabio para el amigo. Entre ellos todo sale bien. Tanto valdrá uno cuanto quisieren los demás, y para que quisieran se les ha de ganar la boca por el corazón.*»

(2) *El Criticón*, I, Crisi VIII.

(3) *Oráculo manual*, No ser inaccesible.

(4) *Oráculo manual*, Amigos de selección.

(5) *Oráculo manual*, Saber usar de los amigos.

*el saber humano* (si en opinión de Sócrates hay quien sepa) *se reduce hoy al acierto de una sabia elección* (1). «Todo les sale infelizmente, y no sólo no consiguen aplauso, pero no aún agrado. Jamás hicieron cosa insigne, y *todo ello por faltarles el grande don de saber elegir*» (2). Gracián enumera los asuntos de transcendental elección. «Los asuntos de la elección son muchos y sublimes. *Elígense, en primer lugar, los empleos y los estados, defecto de toda una vida, donde se acierta o se yerra para siempre: que es un echarse a cuentas una irremediable infelicidad. El mal es que las resoluciones más importantes se toman en la primera edad, destituida de ciencia y experiencia, cuando aún no fueran bastantes la mayor prudencia y la más sazónada madurez. Ni es el menor empeño el escoger los amigos, que han de ser de elección y no de acaso; acción muy de la prudencia, y en los más, de la contingencia. Elígense también los familiares, que son ayudantes del vivir, las más veces enemigos excusados*» (3). «*Hombre de buena elección. Lo más se vive de ella: supone el buen gusto y el rectísimo dictamen; que no bastan el estudio ni el ingenio. No hay perfección donde no hay defecto; dos ventajas incluye poder escoger, y lo mejor*» (4). «Hay algunos empleos que su principal ejercicio consiste en elegir, y en éstos es mayor la dependencia de su dirección. Como son todos aquellos que tienen por asunto el enseñar agradando. Prefiera, pues, el orador los argumentos más

(1) *El Discreto*, Hombre de buena elección.

(2) *El Discreto*, Hombre de buena elección.

(3) *El Discreto*, Hombre de buena elección. Antes ha escrito Gracián estas palabras: «Inestimable dicha cuando diere lugar lo precioso de la suerte a lo libre de la elección, que ordinariamente aquélla se adelanta y determina la mansión, y aun el empleo, y, lo que más se siente, la misma familiaridad de amigos, sirvientes y aun consortes, sin consultarlo con el genio; que por esto hay tantos quejosos de ella, penando en prisión forzosa y arrastrando toda la vida ajenos yerros.» *El Discreto*, Genio e ingenio. Insistiendo en la misma idea de posible yerro, dice Gracián: «Genio y ingenio. Los dos ejes del lucimiento de prendas; el uno sin el otro, felicidad a medias; no basta lo entendido, desease lo genial; infelicidad de necio *errar la vocación* en el estado, empleo, región, familiaridad.» *Oráculo manual*.

«Pues así digo que un hombre yerre una acción pequeña, no hace mucho al caso, fácilmente se disimula; pero *aquello de errar las mayores acciones de la vida, las principales ejecuciones en que va todo el ser, las partes sustanciales, eso sí que monta mucho, que es cojear la honra, afear la fama y deformar toda la vida.*» *El Crítico*, III, Crisi VII.

(4) *Oráculo manual*, Hombre de buena elección.

plausibles y más graves; atienda *el historiador* a la dulzura y al provecho; case *el filósofo* lo especioso con lo sentencioso, y atiendan todos al gusto ajeno universal, que es la norma del elegir, y tal vez se ha de preferir al crítico y singular o propio o extraño» (1).

A lo largo del panorama graciánico descúbreanse incrustaciones de valor estrictamente pedagógico y aun escolar. Así, su deseo de que no se dé la verdad entera, descubierta, total, sino que se insinúe y se anuncie nada más. («Las verdades que más nos importan vienen siempre a medio decir.») Así, su alusión a la enseñanza activa, dialogada, socrática, en la que sea la conversación su mejor escuela. («Sea el amigable trato escuela de erudición, y la conversación, enseñanza culta; un hacer de los amigos maestros, penetrando el útil del aprender con el gusto de conversar.») Así, su consejo para que haya siempre una elemental adaptación a quien hablamos o nos dirigimos. («Discreto Proteo: con el docto, docto, y con el santo, santo. Gran arte de ganar a todos, porque la semejanza concilia la benevolencia.») Así, sus giros y su simbólica de sabor didáctico, incluso de libro de texto (léase lo que escribe Gracián sobre el «diptongo» —«es un hombre con voz de mujer, y una mujer que habla como hombre», etc.—; del «paréntesis», del «etcétera», de los «puntillos de íes y tildes de eñes»; en *El Criticón*, III, Crisi IV). Así, por último, su *sentimiento nacional y patriótico*, profunda lección, digna de aprenderla y gozarla; he aquí una muestra: «Participa el agua las calidades buenas o malas de las venas por donde pasa, y el hombre las del clima donde nace; deben más unos que otros a sus patrias, que cupo allí más favorable el cenit. *No hay nación que se escape de algún original defecto*, aun las más cultas, que luego censuran los confinantes o para cautela o para consuelo. Victoriosa destreza corregir o, por lo menos, desmentir estos nacionales desdoros; consíguese el plausible crédito de único entre los suyos: que lo que menos se esperaba se estimó más» (2).

---

(1) *El Discreto*, Hombre de buena elección.

(2) *Oráculo manual*, Desmentir los achaques de su nación.